

## Alejandro Fuenzalida Grandón

Discurso pronunciado al incorporarse como miembro de la Academia Chilena de la Historia, por Guillermo Feliú Cruz:

SEÑORES ACADEMICOS:

Grato, gratísimo, es para mí recibir en nombre de nuestra Corporación al señor don Alejandro Fuenzalida Grandón que, por derecho propio e indiscutible, viene a ocupar un lugar privilegiado en nuestras tareas. Mucho antes de que a mí se me honrase inmerecidamente, como un estímulo, con un sillón en esta Academia por haber consagrado la vida entera al asunto que constituye el objeto primordial de vuestras preocupaciones, debió ciertamente discernírsele tal homenaje a nuestro nuevo colega, nuevo por el cargo que entra a ocupar, pero viejo compañero de todos nosotros por lo que atañe a su fecunda labor historiográfica en la cual hemos bebido, en abundancia, sabiduría, ciencia y erudición de la mejor y más alta ley. Porque soy de aquéllos que creen que no deben anteceder, en el orden natural de las cosas y en el de la disciplina jerárquica, los méritos de la juventud a los de nuestros mayores. Mientras a nosotros, en la distancia del tiempo, nos queda sitio para singularizarnos en las devociones espirituales y madurar en ellas con tranquilo reposo, urge, porque en esto hay un deber, reconocer los títulos de la consagración literaria de aquéllos que los alcanzaron antes que nosotros, en una carrera lograda con plenitud. Tal es el caso del señor Fuenzalida Grandón. Nues-

tro instituto, recién fundado, le abre sus puertas ahora, y se congratula de contar en su seno al distinguido miembro académico de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Chile y de la Junta de Historia y Numismática Americana de Buenos Aires.

En cierto modo, señores, a la complacencia íntima que siento al dar la bienvenida al señor Fuenzalida Grandón, se une en mí la turbación. Y es que el discípulo, sin mayores antecedentes que lo acrediten, como no sea el de una simpatía cordial y cariñosa y el respeto venerado que su nombre me produce, por una curiosa paradoja, debe recibir a su maestro. Todavía le recuerdo con perfecta nitidez. Los años, que desgastan cruelmente la imaginación, no han borrado de mis ojos la recia personalidad del señor Fuenzalida Grandón en aquellos días que fueron. Le llamábamos Batallita por lo vigoroso y acentuado de su personalidad; por el tesón que ponía en hacernos entender; por su espíritu combativo más bien en la forma, porque en el fondo era la bondad misma; por su carácter impulsivo, que no era otra cosa que la expresión de una recia sinceridad; por sus intransigencias doctrinarias nacidas de convicciones arraigadas en el estudio y la reflexión de principios que hoy no logran inquietar el alma escéptica y emancipada de las nuevas generaciones, y también por la ruda energía con que el maestro sabía imponerse a su alumnado con fuerte y poderosa entereza moral.

Larga y fecunda ha sido la vida del señor Fuenzalida Grandón en las tareas de la enseñanza y de las letras. La generación a que él pertenece, con diferencia de algunos años entre sí, la que oscila en los diez primeros años de la segunda mitad del siglo XIX ha sido de las más brillantes de Chile. Contó con un Medina, un Letelier, un Bulnes, un Lagarrigue, un Amunátegui, un Matta Vial, un Montaner Bello, un Roldán, para hablar sólo de los cultivadores de la historia y de la sociología;

así como la anterior de ese mismo siglo, en sus treinta primeros años, dió a luz un Lastarria, un Tocornal, un García Reyes, un Astaburuaga, un Eyzaguirre, un Briseño, los Amunátegui, un Barros Arana, un Sotomayor Valdés y un Vicuña Mackenna, que bien pueden considerarse como los fundadores de la historia nacional. Una sólida organización política y un patriotismo más sólido aún, habían organizado la República en la más inmaculada tradición ciudadana. La honradez, que le había servido de base, se mezclaba con la sangre de un estadista que en el Barón dejó un programa que cumplir. Nuestra historia, sin grandes proyecciones sobrehumanas como la de algunos pueblos de Europa, sin color muy acentuado, sin aristas muy duras, sin relieve muy sinuoso, fué espejo de virtudes, y de grandes virtudes cívicas, hacia el cual la juventud de ese siglo volvió enamorada los ojos para buscar en el ejemplo magnífico de esos días su herencia y su legítimo patrimonio.

El señor Fuenzalida Grandón es hijo del norte. Nació en una tierra ardiente y brava, rica y fecunda, llena de rebeldías. Vió la luz en Copiapó el 21 de diciembre de 1865, del matrimonio del señor don José Fuenzalida y de la señora Eusebia Grandón. Esa comarca está cuajada de leyendas, y nuestro benemérito colega oyó en su infancia y juventud la historia de su pueblo natal, envuelta en las tradiciones poéticas a que dió lugar la riqueza de sus montañas. En cada abra, en cada hondonada, se hablaba de un venero de oro o de plata. Ya en sus días sólo quedaba el prestigio encantador de esa leyenda; se habían esfumado las riquezas prodigiosas; las vetas macizas se habían agostado; y el pueblo sumíase otra vez en una mansa pobreza. Sólo conservaba el espíritu levantisco que fué tan propio de la raza norteña. La afición a la fronda seguía en pie agitando, como en los días de Gallo, el estandarte de las ideas exaltadas de un radicalismo político anticlerical, sin que tuviera todavía, propiamente, un sentido social.

Allí, como en toda la República, la democracia se ha for-



mado en los liceos del Estado y las ideas democráticas, impuestas por el número aplastante, han surgido impetuosas, irresistibles de las aulas. El Liceo de Hombres de Copiapó, en el cual el señor Fuenzalida Grandón hizo sus estudios secundarios, y en el que por primera vez en Chile se ensayó el régimen de la coeducación, fué un semillero, por así decirlo, de hombres de ideas de avanzada, que dieron al liberalismo muchos de sus más ilustres personeros. En ese tiempo se acentuaba mayormente la tendencia liberal en aquel liceo; ese establecimiento estaba regentado por la poderosa influencia moral de dos grandes ciudadanos: don Guillermo y don Manuel Antonio Matta. El primero era Intendente de la provincia y el segundo propietario y director de un diario de acentuadas tendencias radicales, llamado *El Atacameño*.

Don Manuel Antonio Matta habría de ejercer una honda influencia en la formación moral e intelectual del joven Fuenzalida Grandón. Aquel austero político, jefe de un partido que en las lides doctrinarias alcanzó tan alta significación, era discípulo predilecto de Bello y, como el Maestro, guardando la distancia, era el tipo perfecto del humanista. (¿No habían sido discípulos del caraqueño otros tres ilustres ciudadanos, jefes de partido también, como Lastarria del liberalismo, Tocornal del conservador y Bilbao del socialista, si tal cabe llamar al caótico credo de este último?). Pero en el señor Fuenzalida Grandón, cuando comenzaba a intimar con el Patriarca Matta, no se había despertado la afición a las letras; y el rumbo de su carrera parecía ser muy otra por el influjo de su padre, que hubiera deseado consagrarlo a las matemáticas para obtener de él un ingeniero. En las aulas, aunque había demostrado una mejor tendencia y predisposición para los estudios de las humanidades, no fué ni con mucho un alumno aventajado en el ramo de la preferencia de su padre, y hubo al final de torcer la línea. A una exigencia de Matta, debió su primer trabajo literario. Imperiosamente le ordenó que en el día del centenario

de don Andrés Bello, pronunciara en el Liceo el elogio del Maestro.

Ha perdido tiempo hacia esta época, mientras busca una carrera definitiva. Al final se decide por la de abogado y emprende el viaje a Santiago. En 1889 recibe el diploma. Con talento, con buenos estudios de humanidades, con espléndida preparación, más bien teórica que práctica, en la carrera que ha profesado y que nunca ejercerá, con buenas relaciones, no se interesará por la política activa, ni pretenderá actuar en ella. No es indiferencia. Doctrinariamente el señor Fuenzalida Grandón ha combatido por sus principios políticos y por sus convicciones sociales, mucho más que sus correligionarios en el parlamento. Su pluma ha sido puesta al servicio del diario y de la revista, del folleto y del libro. Allí se ha sentido con más independencia que en las filas de su partido. En *La Libertad Electoral* y en *La Ley*, que durante diez años redactara bajo el anonimato, ha rendido memorables batallas al lado de Letelier, de Palazuelos, de Bannen, de Mac-Iver, de Feliú, de Pleiteado, de Robinet, de Matta, de Castellón y otros prohombres del partido radical. La independencia de su vigoroso temperamento le ha llevado a luchar dondequiera que fuera preciso. No ha podido contenerse en las filas de sus correligionarios, ni acatar muchas veces el mandato de sus jefes. Es un radical libre, indisciplinado, rebelde. Pero esta vida de combatiente, de propagandista y de prosélito entusiasta de una causa, ha tenido un límite: la cátedra. En ella ha discutido, probado, ha investigado, ha comparado. No ha impuesto sus ideas ni ha presionado para ganar adeptos. Ha podido dejar que influya su espíritu y se extienda su doctrina, pero no ha hecho labor de hombre sectario. ¡Eso le honra!

Desde estudiante esta tendencia combativa por un ideal político y social se diseña en su carácter. No abandona el colegio todavía cuando, al lado de Matta, se inicia en Copiapó en las tareas del periodismo. En *El Atacameño* hace sus primeras

armas. Es a la vez redactor de editoriales, cronista, repórter, corrector de pruebas, traductor, gacetillero: lo es todo. Siente esa fe que forma al periodista, cuando alienta un principio o un ideal, cualquiera que éste sea. Y es Matta, primero, y después don Juan Serapio Lois, los que enardecen esa pasión, los que avivan ese sentimiento. Hace cincuenta años atrás, el periodista y el periodismo nacional tenían otro carácter que el actual. Un periodista era un escritor, un señor de las letras, un hombre culto, un humanista docto en artes y en ciencias. Profesaba una doctrina, servía una idea, sostenía un principio. Estuviese a favor o en contra del gobierno, lo esencial era la defensa de ciertos ideales: en la oposición, la defensa de las libertades públicas, el respeto a la Carta, la vigilancia del poder para que no se sobrepase de sus límites precisos; en el gobierno, la manera de entender la defensa de las libertades públicas; la interpretación correcta de las facultades concedidas por la Carta; la justificación honrada de las medidas violentas, a veces, del gobierno. En uno y en otro, el patriotismo es el fondo que mueve y agita la pluma del diarista. El diario también era otra cosa. Se le había lanzado a la circulación para difundir y sostener doctrinas; para realizar una campaña ideológica determinada. No era como el de hoy empresa comercial que, con el manto de la palabra del bien público, encubre una gestión financiera de ganancia y en la que quedan los principios, las ideas y las doctrinas mismas en un segundo plano, en el plano de las conveniencias y del oportunismo.

La prensa chilena de la segunda mitad del siglo XIX, ya fuese liberal o conservadora, ya fuese gobiernista o de oposición, sirvió lealmente sus intereses ideológicos. No claudicó ni se dejó seducir ni tentar por un plato de lentejas. Se perdieron fortunas en la lucha, pero jamás se transformó en empresa de comercio. Ese es un fenómeno de nuestro siglo, y que coincide con el derrumbamiento de los ideales democráticos y sociales que ahora estamos contemplando.



En las luchas doctrinarias por la laicización de las instituciones de la República, el señor Fuenzalida Grandón, hijo del radicalismo, gastó una energía considerable. Miramos ahora las cosas a una distancia conveniente y por lo mismo apreciamos mejor sus perspectivas. Esas batallas, que tan hondamente dividieron la sociedad chilena y que tantas amarguras dejaron tras de sí, han sido a la larga fecundas en sus resultados. «Las llamadas reformas teológicas—ha escrito Matta Vial en otra ocasión—son simples reformas civiles, inspiradas en principios del liberalismo más puro. Con ellas no se invadió el campo religioso ni se atentó contra dogmas ni creencias. Fueron combatidas porque sometieron el régimen del derecho común de los hombres y cosas que, en fuerza de seculares tradiciones, disfrutaban de situaciones de privilegios. Los intereses creados defienden lo que creen su derecho con suma energía, y en el ardor de la lucha no siempre son justicieros. Atribuyen a sus adversarios móviles que nunca tuvieron; ven cuestiones religiosas en problemas de índole puramente civil, casi diría administrativa. De irreligiosos han sido tratados en otros países, los políticos que hicieron cesar la franquicia que eximía al clero del impuesto. Irreligiosos se llamó en Chile a los que promovieron la supresión del fuero eclesiástico».

«¿En qué atenta la ley contra el sentimiento religioso, cuando seculariza los cementerios de propiedad fiscal y municipal y al mismo tiempo reconoce el derecho de todas las religiones para establecer otros destinados al servicio exclusivo de sus fieles? ¿Ni en qué puede sentirse herida la conciencia más piadosa y timorata si la ley, junto con establecer el matrimonio civil, reconoce ampliamente a los contrayentes el derecho de sujetarse a los requisitos y formalidades prescritas para su religión? ¿O será irreligioso haber quitado a los párrocos y confiado a funcionarios públicos el servicio del Registro Civil? Tan lejos se llevó en aquella ocasión el espíritu liberal que, no obstante preverse las perturbaciones que el cambio de ré-

gimen iba a producir, no se quisieron adoptar medidas preventivas que las habrían evitado; la precedencia del matrimonio civil sobre el religioso, entre otras, por temor de que fueran ellas mal interpretadas.

«Si esas reformas hubieran tenido el espíritu que en horas de lucha se les atribuyó, ¿cómo se explicaría que sin modificarlas, sin quitarles una tilde, con sólo los elementos que ellas contienen, se hayan podido resolver o estén próximas a resolverse todas las dificultades que su implantación produjo? ¿Cómo se explicaría que ellas, tan combatidas en su tiempo, hayan arraigado de tal suerte en el país, ahora tanto o más católico que entonces, que nadie piensa ya en derogarlas?

«A esas reformas debe en buena parte el país la paz religiosa de que ha disfrutado en los últimos años. Ellas han impedido la repetición de los vergonzosos conflictos que con frecuencia se suscitaban sobre la inhumación de un cadáver o el matrimonio de un disidente. Pero si ellas nada tuvieron de ofensivas para el sentimiento religioso, debe, en cambio, reconocerse que algunas no fueron suficientemente discretas y previsoras y que por tal motivo han producido y siguen produciendo gravísimos males. El calor de la lucha, el espíritu de represalia hizo que otras se implantaran en forma odiosa, que las desnaturalizó por completo».

Ninguno podría imaginar que el periodista que había en el señor Fuenzalida Grandón, en estos días de juventud, en los que precisamente se destaca en las columnas de *El Atacameño*, como uno de los radicales más fervientes, enemigo de las sugerencias de la Iglesia y su mandato, pudiese buscar tienda en los discípulos de Augusto Comte. ¿No había combatido las religiones? ¿No había atacado a la Iglesia Católica en nombre del liberalismo o jacobinismo de su tiempo? Y, sin embargo, empujado por aquel hombre extraordinario que se llamó don Juan Serapio Lois, el enemigo personal de Dios, el señor Fuenzalida Grandón se hace positivista, prosélito de la Religión de



la Humanidad, devoto de Augusto Comte. ¿La explicación? Está en esa edad en que la curiosidad intelectual es avivada por el aguijón de la duda. Una duda terrible, cruel, que ya no satisface la reconfortante y dulce enseñanza del Maestro divino, que no puede explicar el fenómeno del mundo. Ha perdido la fe, y como el alma humana sin ella, al no sentir el incentivo de otra idealidad superior, es como el ave sin rumbo, como una mañana sin aurora, que busca en la enseñanza del amante de Clotilde de Veaux, lo que pueda llenar ese vacío moral e intelectual que le agita y le comprime en sus meditaciones. Más que un sentimiento religioso, lo que le atrae del positivismo es la razón intelectual de su sistema.

¡Don Juan Serapio Lois! Pocas inteligencias mejor dotadas que la suya para el estudio y pocas voluntades más firmes y resueltas para sobrellevar la carga del trabajo. Tenía arrestos de maestro, de forjador de conciencias, de cincelador de almas. Le enturbiaba la pasión, el odio antirreligioso, el sectarismo sin límites. Pero tenía otras condiciones que nos hacen su figura simpática y original. Excéntrico por naturaleza, la deformidad de sus facultades intelectuales, en la que primaba la memoria más que el espíritu discursivo o razonador, pudo convertirlo en un hombre que asombró en su época por la vastísima extensión de sus conocimientos. Aprendió el griego y el latín con aquel célebre profesor don Justo Florián Lobeck; lo hablaba y escribía correctamente, según el testimonio de don Pedro Montt, que en estas materias calzaba algunos puntos; sabía de su idioma tanto como don Baldomero Pizarro, que parece que fué el mejor gramático de esos tiempos; en medicina, se especializó en biología y fué maestro en el arte de enseñar. Fué pedagogo eminente, con ideas originales, algunas excéntricas y otras de una cordura ejemplar. Su influencia sobre el señor Fuenzalida Grandón tiene algo de misterioso por la forma en que logra dominarlo. Es el misterio de supremacía que ejercen las almas grandes sobre las almas nobles de la juventud,

Lois redactaba un periódico en el cual hacía su campaña positivista en nombre de la Religión de la Humanidad en la ciudad de Copiapó, y al mismo tiempo en Santiago, Lagarrigue, por medio del folleto y del libro, de conferencias y de artículos en los diarios, difundía los principios de aquel credo. *El Positivista*, que así se llamaba el periódico de Lois, apareció en aquella ciudad el 1.º de noviembre de 1886. Tenía un subtítulo que decía: «Periódico filosófico, literario, científico y moral. Organó de la Sociedad Escuela Augusto Comte para fomentar el desarrollo del positivismo». Su lema era el mismo que el del autor de la Filosofía Positiva había consagrado para su religión: «Orden y Progreso. Vivir para los demás. Vivir a la luz pública». En el prospecto se encuentran estas palabras: «El ideal del Positivismo es uno de los ideales del Radicalismo, es el principio del gobierno de los hombres libres por medio de la dirección de sus ideas, sentimientos y actos. Por esto hemos creído que en una provincia donde domina el radicalismo debía levantarse un periódico que haga conocer la filosofía y la política positiva, la ciencia y la Religión de la Humanidad».

La vocación por las ciencias históricas no se había despertado aún en el señor Fuenzalida Grandón, cuando entra a formar parte de la redacción de *El Positivista*. Se ha dedicado de lleno al estudio de la sociología y en literatura siente manifiesta tendencia por el género costumbrista. Son muchos los artículos de tal naturaleza que encontramos en las páginas de este periódico que llevan la firma del señor Fuenzalida Grandón, al lado de otros de divulgación histórica y de algunas valiosas traducciones del inglés sobre cuestiones de pedagogía y de moral. Propiamente sobre la Religión de la Humanidad no escribió cosa alguna nuestro colega. Se comprende. Podía sentir los efectos de esa idea, hacerla suya, si se quiere, vincularse espiritualmente a ella y servirla fielmente; pero la psicología del señor Fuenzalida Grandón debía, al fin, chocar con ese sistema. Lo que le ha caracterizado siempre intelectualmente es su

objetividad. Es una inteligencia esencialmente realista, incapaz de abstracciones y de símbolos; un espíritu que busca antes que nada la realidad misma, el objeto de ella, su razón de ser. Por eso terminará alejándose de los postulados religiosos del doctor Lois. Un día le dirá: ¿Ud., don Juan Serapio que ha combatido todas las religiones y la idea religiosa, pretende fundar otra? ¿No ve en esto una verdadera paradoja? Esa pregunta señaló su alejamiento de la redacción de *El Positivista*.

Un año antes, en 1885, había iniciado su carrera administrativa en Santiago. Es nombrado entonces Inspector del Instituto Nacional, y poco después con el mismo rango pasa a la Universidad de Chile. El Instituto y la Universidad tenían un Rector moral. Era don Diego Barros Arana. El viejo historiador, educador ya de varias generaciones, combatido resueltamente por ciertos grupos de opinión ultramontana, aparecía en el escenario de la enseñanza del Estado como su más firme representante, como su más poderoso baluarte. En la lucha por la reforma de ella para sacarla de sus antiguos moldes, habíase estrellado con el más fuerte adalid del partido conservador: don Abdón Cifuentes. Le costó el rectorado del Instituto, su destitución del cargo de director de aquel plantel de educación; pero al Ministro Cifuentes también le costó esa secretaría de Estado y el alejamiento de su partido de la combinación de gobierno. A la larga, el triunfo había sido del viejo y porfiado liberal. «Barros Arana—como hemos escrito en otra ocasión—concluyó imponiéndose como maestro de una escuela historiográfica, y también como conductor de la enseñanza nacional. Era ya entre los hombres de su tiempo una personalidad con relieve acentuadamente propio. Vivió más que todos los compañeros de su generación. Sepultó a casi todas las grandes figuras del magisterio. Sobrevivió a todos los historiadores de su tiempo, así en Chile como en América. Vió derrumbarse a todos los políticos que le combatieron, y él quedó como sobrenadando en el naufragio de esas existencias, admirado, respe-



tado, considerado por las generaciones que le sucedieron como una figura nacional por excelencia. Merecía esas distinciones el hombre que había hecho de la cátedra el más puro apostolado, cuya vida intelectual puede mostrarse como un ejemplo de probidad moral. Se le sabía patriota y desinteresado. Se le reconocía como individuo de purísimas convicciones. Calcúlese cuál sería con estos antecedentes, la influencia de Barros Arana en las orientaciones de la enseñanza, y cómo sus admiradores impondrían los métodos de éste. Fiel, por lo demás a la tradición de Bello, el historiador impuso hasta el exceso el método analítico. Formó críticos, si bien poco había que hacer para obtenerlos cuando la raza de suyo los producía. Sin embargo, él supo dirigir esa conformación de nuestra mentalidad en un sentido determinado, no por la cultura, que ella nunca ha tenido un verdadero sentido en Chile, sino por la ilustración, que es cosa diferente de aquella».

En el Instituto primero y después en la Universidad conocerá el señor Fuenzalida Grandón a Barros Arana. Va a anudarse entre ambos una amistad que sólo tronchará en 1907 la muerte del Maestro. Se ha dicho que Barros Arana era hosco, desagradable, sin espíritu humano y sin simpatía cordial. Cierto hasta cierto punto. Era así en el combate con el adversario a quien medía por su valor moral, por su cultura, por la sinceridad de sus ideales. En su centro, en el medio de sus amigos, al calor de una misma ideología, era otro. Tornábase entonces afectuoso hasta la delicadeza, tierno hasta el desinterés, piadoso para perdonar y llegar al sacrificio. Cual un nuevo Ekermann Chatrian en sus conversaciones con Goethe, el señor Fuenzalida Grandón, al lado de Barros Arana, de quien es ya discípulo espiritual, tendrá el cuidado peregrino de seguirlo en sus conversaciones, de anotar sus recuerdos, de llevar el diario de esa existencia luminosa. Será de sus íntimos. Y rendirá, junto con Letelier, encarnizadas batallas ideológicas en defensa del Maestro. Barros Arana pagará con su consejo y con su estímulo.

Nacerá el historiador que hay en el señor Fuenzalida Grandón. Seguirá sus métodos. Su misma escuela. Con una diferencia: se inclinará siempre a la sociología. Es reminiscencia de los estudios de primera juventud, durante su vida provinciana.

Sin que sea un caso particular de Chile, porque es un fenómeno común a toda América, y en general a los países latinos, siempre se ha creído que la gloria y nombradía más alta es aquélla que otorga la función pública en la vida política. La consagración a las cosas del Estado ha sido mirada entre nosotros como la tarea de más noble prestigio; eclipsa la vida del hombre de letras, deslucé la actuación del profesor; opaca cualquiera otra actividad y forma el más valioso antecedente social de casta. El señor Fuenzalida Grandón, como se ha visto, no obstante haberse singularizado en las luchas políticas de su partido y de contar en su seno con gran ascendiente sobre sus correligionarios, prefirió otra esfera de acción que la política y guardó la llave que abre situaciones, que da preeminencias y rango, para reemplazarla por otra menos señalada en el común de la opinión de las gentes, pero no por eso menos importante. Se hizo funcionario administrativo. En el Ministerio de Instrucción Pública, desde 1889 hasta 1899, en diez años cabales, recorrió todos los grados del servicio, desde oficial al de Jefe de Sección. En esas tareas burocráticas prestó servicios positivos a la enseñanza; conocía todo el rodaje complejo de la máquina pedagógica y administrativa y la servía con conocimiento de causa. En efecto, desde 1894 había ingresado al profesorado, y en el Instituto Nacional desempeñaba la cátedra de Historia y Geografía, que conservó hasta el año 1919. Al contacto diario con sus colegas, trabajando en el mismo campo de la instrucción, sintiendo las necesidades y defectos de ella, el funcionario administrativo que había en el señor Fuenzalida Grandón, lo capacitaba como pedagogo y maestro, para emprender reformas y modificaciones acertadas y cuerdas, nacidas de la experiencia y no guiadas por el espíritu de nove-

dad que ha destrozado en nuestro país la base misma de la educación del Estado. Las reformas que entonces secundó no iban más allá que el mejoramiento de los métodos de la enseñanza oficial.

Lanzado en la carrera del magisterio a la que le llevaba una ardiente vocación, porque el saber es como el rayo de luz que irradia e ilumina cuanto encuentra a su paso, y sintiendo ese amor a la juventud que forma y hace al maestro, el señor Fuenzalida Grandón al comenzar nuestro siglo, en 1900, inicia la etapa de su profesorado universitario. Es la época más brillante de su vida. Se inicia entonces como profesor de Derecho Administrativo. Comparte esta cátedra con un hombre eminente, don Valentín Letelier; y dos años más tarde, en 1902, profesa la de Derecho Constitucional en el Instituto Superior de Comercio. El señor Fuenzalida Grandón, enemigo de las teorías y de las hipótesis más o menos ingeniosas, pudo dar a estos ramos una orientación práctica, razonada y positiva. Tenía experiencia en el primero, y, en el segundo los fundamentos esenciales en que reside esta rama del derecho, o sea, un conocimiento profundo de la evolución histórica de las instituciones del país. Al mismo tiempo ocupa en la Escuela de Bellas Artes, desde 1909 hasta 1918, la cátedra de Estética. El problema de lo bello en el arte ha preocupado a nuestro colega con una pertinencia singular; y sin que en esta materia sea autor de una nueva idea, ha sido un expositor ejemplar de las doctrinas de Hegel, de Kant, de los sensualistas franceses, de Croce y de Menéndez y Pelayo. Es claro que ha debido remontarse a los orígenes de la noción de lo bello en el alma de Atenas y en el cerebro de Roma.

He dejado de hablar de su magisterio en el Instituto Pedagógico como profesor de Historia Documental de América y de Chile, clase que desempeñara desde 1903 hasta 1918, porque deseo referirme especialmente a ella. Esa cátedra, la ejerció primero un notable profesor alemán que ha prestado a Chile



servicios valiosísimos: el doctor Hans Steffen. Tenía más competencia en geografía que en historia, como que en la primera de esas ciencias es una notable autoridad. Después, por un brevísimo período, la regentó don José Toribio Medina. Parecía que el ilustre historiador y bibliógrafo, que llevaba en su cabeza todo el arsenal documental de la historiografía del continente, estaría allí en su sitio. Pero no es siempre la sabiduría lo que enseña mejor, aunque tal afirmación pueda parecer un desatino. Medina, por la extensión enorme de sus conocimientos, carecía de método para esa enseñanza; sabía demasiado y ello era un obstáculo para desenvolverse con acierto entre su alumnado. Fracasó. - Vino en seguida don Luis Barros Borgoño. Formado por el autor de la *Historia General de Chile*, en el señor Barros Borgoño había, como profesor, lo que faltaba en Medina, el espíritu del método, aun cuando en aquél la ciencia fuera menos profunda que en el otro. La cátedra hasta entonces tampoco tenía una orientación determinada, ni su programa había sido fijado dentro de un plan verdaderamente pedagógico. Correspondió al señor Fuenzalida Grandón trazar su organización, señalar su programa y su plan y darle, en los descuidados estudios de la Historia de Chile y de América, su verdadera importancia. En ella formó un cuerpo de profesores de historia, en el curso de varias generaciones, que ha ilustrado la enseñanza pública y de ella se han destacado figuras sobresalientes en las letras, en la política y en la pedagogía. El señor Fuenzalida Grandón, al contemplar ahora su obra de maestro, debe sentir ciertamente el legítimo orgullo de haber hecho fructificar su magisterio en inteligencias afortunadas y patriotas.

Fuerza es concluir. Pero de intento he dejado para lo último referirme a la obra literaria del señor Fuenzalida Grandón.

He dicho que en el arte historiográfico, en la manera de concebir y hacer la historia, nuestro colega es discípulo de Barros Arana y que ha seguido su método en forma casi idéntica. Pero he observado también que algo propio de su cosecha

ha añadido el señor Fuenzalida Grandón en su obra: ha desentrañado el fenómeno sociológico de nuestras instituciones y de nuestra nacionalidad, no de una manera precisa, porque ello habría sido imposible con los elementos de que dispuso al escribir sus libros, pero sí dejándolo entrever, por lo menos en sus aspectos esenciales. Así, su interpretación histórica es diferente de la de Barros Arana, si bien el método en la investigación es el mismo. Influenciado por los estudios de la sociología, lo vemos acometer su primer ensayo en este género de trabajos. En 1887 la Universidad de Chile abrió un concurso literario para dilucidar un tema que correspondía a la pregunta: «La novela social contemporánea ¿podrá ser invocada en el porvenir como fuente de información acerca de las costumbres y de las ideas de nuestra época?». El asunto llamó la atención entre los jóvenes, y el señor Fuenzalida Grandón, que contaba a la sazón con veintidós años, resolvió abordarlo. La tesis era apasionante. Interesaba a los partidarios del nuevo arte de novelar y a los enemigos de él. El señor Fuenzalida, al desenvolver el argumento de esa tesis, se decidió por la afirmativa, es decir, con algunas reservas, concluye aceptando que la novela social puede ser un documento para reconstruir la vida y las costumbres del pasado. Tal es la respuesta, al tema universitario, que se desarrolla en la monografía de nuestro colega intitulada: *Valor histórico de la novela social contemporánea*, que aquella corporación premió en el certamen de 1887. Pero en este trabajo juvenil hay algo más que la acción discursiva y razonadora que brilla en sus páginas; sorprende la cultura que revela, la lectura copiosa y variada y la sagacidad con que brotan las observaciones. Dispuesto con método, con claridad y con gran dominio del asunto, este ensayo es como una promesa anticipada de la obra futura del señor Fuenzalida Grandón.

Han corrido dos años desde el aparecimiento de aquel estudio. En 1889 se presenta al Certamen Varela con un libro intitulado *Lastarria y su tiempo*. Tres aspectos del señor Fuen-

zalida Grandón se perfilan en esta obra: el historiador, el crítico y el sociólogo. Los tres forman la orientación del escritor y si es más fuerte en historia y sociología y en el juicio literario podemos con frecuencia disentir de su opinión; en el estudio sobre Lastarria vemos aunarse admirablemente esas facultades. La personalidad del autor de los *Recuerdos literarios*, tan múltiple, tan variada, tan discutida, fluye de las páginas del señor Fuenzalida Grandón como tallada a buril. No es un panegirista ni un biógrafo enamorado de su personaje; por lo mismo que el monumento que le ha levantado es grande, de una maciza solidez, destácanse mejor las cualidades y defectos. Lastarria tuvo lo uno y lo otro, y al afirmarlo nosotros decimos, sin duda, una vaciedad, porque en las flaquezas humanas cabe todo eso y mucho más. Sin embargo, esos defectos de Lastarria hoy se han perdido y se nos presenta con menos relieve que los que en su época pudieron tener. Es la condición sedante del tiempo. Que Lastarria era vanidoso. ¿Pero no fué un propulsor de nuestro desarrollo intelectual? Que Lastarria envenenó con su prédica liberal nuestra incipiente e insípida democracia. ¿Pero sus ideas no son un buen logro de nuestras instituciones republicanas? Que era un ideólogo. ¿Pero cuándo se ha visto que un poeta, un soñador, un teórico haya tenido la cabeza en la tierra? Lo que queda de Lastarria vale mucho más que sus defectos. Fué un sembrador y un civilizador como Sarmiento en la Argentina, Gálvez en el Perú, Montalvo en el Ecuador y Caro en Colombia.

La vida de Lastarria escrita por el señor Fuenzalida Grandón, a la manera inglesa, es uno de los libros mejor logrados en nuestra literatura histórica. A mí personalmente, desde el punto de su concreción de su unidad literaria, de su cohesión de pensamiento, me satisface mucho más la primera edición de esta obra, pero no puedo negar que, situándome en el ángulo de una mirada erudita, la segunda complace mucho más mis gustos y aficiones de especialista. ¡Qué maciza investigación



la que contiene este libro reeditado con todas las reglas del arte erudito! El señor Fuenzalida Grandón, con el pretexto de escribir la biografía de un hombre dotado de las más excelsas cualidades ha hecho la historia de cincuenta o más años de la vida política e intelectual de Chile. Es el suyo, por lo tanto, un libro fundamental. Sobrevivirá en cualquier tiempo.

La *Historia del desarrollo intelectual de Chile*, aparecido en 1903, es otra de sus obras fundamentales. Por desgracia, la erudición ha ahogado al escritor. Y no es que el prurito de la investigación, llevado al extremo, haya prescindido de lo esencial, ni que las minucias adquieran al lado de sucesos sustantivos por su importancia, una misma proporción. Quien así lo creyera caería en un equívoco. Los mismos hechos, todos de una importancia de primer plano, se acumulan en tan prodigioso vértigo, se encadenan en tal sucesión, que el lector luego se abruma. Hay, sin cuestión, un error en el plan del libro, tal vez cierto capricho en la concepción. Pero nadie podrá negarle su seria envergadura, su honrada información, sus valiosas noticias. Constituye, al lado de las obras de Medina, *La instrucción pública en Chile* y la *Historia de la Real Universidad de San Felipe*, los anales más preciosos de nuestra evolución intelectual durante el coloniaje. Con esos tres libros, la *Historia de la Literatura Colonial de Chile* del señor Medina y la *Biblioteca Hispano Chilena* del mismo autor, nuestro país tiene trazadas hasta en sus menores líneas las vicisitudes del espíritu y de las letras en los hombres e instituciones del Chile español. La materia ha sido casi agotada, y no digo agotada, porque los términos demasiado absolutos, siempre sonaron mal a mi manera de ser.

Gemela en la concepción y en el plan y complemento indispensable de la *Historia del desarrollo intelectual de Chile*, es otra obra del señor Fuenzalida Grandón, que vió la luz tres años más tarde de publicada aquélla, es decir, en 1906. Intitúlase *La Evolución Social de Chile* y abarca el largo período

comprendido desde 1541 hasta 1810. «En realidad—como ha dicho su autor—las materias de aquél y este volumen, se dan la mano y se auxilian recíprocamente». A largos comentarios préstanse el análisis de un trabajo de tal naturaleza, y yo quisiera hacerlos aquí si no comprendiera que el tema excede a mi obligación en este instante. Nuestra historia tan bien investigada e interpretada en su aspecto político y literario, ha sido descuidada en la parte social. Vicuña Mackenna que vislumbró su importancia y que creyó que la trazaba, dejó aportes de singular valía, trozos para conocerla, ensayos para enfocarla en sus líneas generales. Pero el autor de la *Historia de Santiago* no tuvo nunca un concepto claro del fenómeno social en sí mismo y confundía al hombre con la masa; destacaba a un personaje como centro de un movimiento social, porque no comprendía que las transformaciones, sentimientos y anhelos de la sociedad, pudieran expresarse sin la presencia de un caudillo. Es el error a que le condujo el sistema biográfico. En la *Evolución social de Chile* el señor Fuenzalida Grandón puede considerarse como el iniciador de esta clase de estudios. Tiene, como en todas las cosas, precursores, y Nicolás Palacios es uno de ellos. *Raza Chilena* es un buen antecedente. Mas desde el punto de vista científico no hay duda que ese libro contiene formidables desatinos. Los fundamentos de nuestra sociabilidad en su aspecto racial expuestos con tan ingeniosas hipótesis por el doctor Palacios no logran convencer hoy a nadie, y, en cambio, la clara exposición del señor Fuenzalida Grandón al estudiar las influencias extranjeras en la formación de nuestra raza, se destacan de los capítulos de su libro con una claridad magistral. Hay ahí exposición de hechos y una acertada interpretación.

Apenas puedo referirme a otros estudios de nuestro colega. Lo haré rápidamente. En 1911 emprendió el señor Fuenzalida Grandón un viaje a Alemania. Iba en una comisión de Gobierno para estudiar la organización del Ministerio de

Instrucción Pública de Berlín y sus dependencias. Fruto de aquel viaje fué su libro intitulado *La enseñanza en Alemania*, aparecido en 1913. No conozco esta obra y sólo ahora la he hojeado rápidamente, de modo que no puedo emitir un juicio con conocimiento de causa. Sin embargo, un eminente profesor e historiador, don Luis Galdames, ha escrito sobre ella: «Este libro del señor Fuenzalida Grandón tiene el mérito de presentarnos en una forma clara y metódica la organización actual de la enseñanza secundaria en Alemania; y más que eso, nos describe, con gran acopio de antecedentes la parte administrativa de esa organización. Por su carácter didáctico y también por las observaciones que sugiere la comparación del régimen alemán con el nuestro en materias educacionales, no hay duda que el libro del señor Fuenzalida está llamado a producir hondos efectos en nuestra enseñanza».

De un carácter muy diverso a todos sus anteriores estudios, es su libro *El trabajo y la vida en el Mineral «El Teniente»*, publicado en el año 1919. Aun cuando su título suena a propaganda, la respetable firma que lo suscribe y el contenido absolutamente científico que revelan sus páginas, alejan, desde el primer momento, ese prejuicio. Su autor ha estudiado el origen histórico de ese mineral, la geología del terreno, la importancia de esa industria en la economía nacional, el desarrollo del trabajo; y no hay duda que, como aporte al concepto social de nuestro desenvolvimiento, desde el punto de la política comercial chilena, señala en la literatura de este género, un guía de primer orden que ojalá tuviera imitadores en lo que se refiere a otras instituciones de esta especie. Estas monografías tienen el mérito de presentarnos los antecedentes completos que han de servir más tarde para dilucidar con buena base el desarrollo de la política comercial chilena.

De 1921 es su último libro, y es uno de importancia capital para el conocimiento de nuestras letras y de un personaje que llena con sus escritos todo un capítulo espléndido de la vida



literaria nacional. En 1920, a raíz del fallecimiento de nuestro primer novelista don Alberto Blest Gana, el señor Fuenzalida Grandón que, como miembro docente había pertenecido a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, volvía a reintegrarse a ella, por el voto unánime de sus colegas, como académico, y ocupaba la plaza vacante dejada por la muerte del autor de *Durante la Reconquista*. Ninguna ocasión mejor que aquélla para rendir a su predecesor un homenaje digno del gran novelista y diplomático y digno también del historiador y del maestro que le sucedía en aquel sillón. Su discurso intitulado *Algo sobre Blest Gana y su arte de novelar*, es acaso el más serio y documentado estudio sobre la vida de ese escritor y el juicio que el señor Fuenzalida emite sobre sus novelas será como un guía para los que quieran penetrar en la obra blestganiana. Más penetrante en el concepto de la opinión y de la técnica del autor del *Martín Rivas* nos parece Elio-doro Astorquiza. Ese malogrado crítico ha ahondado en Blest Gana desde un punto de vista puramente literario, puramente estético. En cambio el señor Fuenzalida Grandón, nos ha dado a conocer el fondo real que hay en los personajes de Blest Gana, y su opinión completa a la de Astorquiza; para los que buscamos desentrañar hechos y cosas, el estudio de nuestro colega resulta para ello inapreciable.

Del discurso que acabáis de oír ¿qué puedo decir? Esa opinión está ya en la mente de todos vosotros y por ello no he de pronunciar me yo. Sólo me resta renovar la bienvenida a nuestro colega y hacer votos, porque su labor en este su nuevo hogar sea fecunda.

He dicho.